

# DON LUIS DE LA ENCINA

**A**demás de una gran corriente migratoria, que discurre desde el siglo XVI hasta el actual, las Islas Canarias proporcionaron a la América hispana un notable número de gobernantes, jerarquías eclesiásticas, militares y hombres de letras. Uno de estos hombres que ocuparon puestos relevantes en aquellos países fue el obispo don Luis de la Encina, nacido en la isla de Gran Canaria, quien ocupó la mitra de Arequipa (Perú) en los últimos tiempos de la dominación española.

Luis de la Encina nació en la ciudad de Las Palmas en el año 1754. Su padre era mayordomo del obispo don Valentín Morán y éste, después del bautizo del pequeño, le puso al cuello un pectoral de esmeraldas y encargó a su madre que se lo guardara para cuando fuese obispo. La familia vivía en una casa de la Plaza de Santa Ana, que hoy se conserva, justamente al poniente del Obispado. Estudió con los jesuitas, brillando ya sus dotes académicas. Fue a sus 13 años familiar del obispo Servera, que lo ordenó de presbítero.

Acompañó a Servera en su traslado a Cádiz, donde su Oración Retórica en la apertura del Seminario fue considerada ejemplar y publicada posteriormente. En 1779 fue bachiller, licenciado y doctor por la Universidad de Osuna. Al año siguiente regresó a Las Palmas como racionero de la Catedral de Canarias. Hizo brillantísima oposición a la Canongía Magistral y en 1782 fue nombrado rector del Seminario Conciliar. Luego fue, sucesivamente, socio, vice-director y director de la Real Sociedad Económica de Amigos de País de Las Palmas, que le confió diversas representaciones ante la Corte y el Consejo Real relativas a beneficios para Gran Canaria.

Simultáneamente desempeñó los cargos de secretario capitular y canónigo consultor para la provisión de cátedras del Seminario y examinador sinodal. Pronunció sermones y oraciones fúnebres, entre ellas la de Carlos III. Con el obispo Verdugo sirvió la secretaría de cámara. Generoso y caritativo, nunca tenía más dinero que el necesario para el sustento del día.

Era Arcediano de Gran Canaria cuando fue propuesto, en el año 1804, para ocupar el Obispado de Arequipa. Lo acepta "por no oponerse a la voluntad de Dios" y se le concede el ser consagrado obispo en Las Palmas. La ceremonia de consagración reviste un esplendor extraordinario, con banquete y versos, entre otros del canónigo y gran historiador Viera y Clavijo.

De la Encina salió de Gran Canaria el 14 de octubre de 1806 y llega a Cádiz el 7 de noviembre. Su llegada a Madrid coincide con la victoria de los franceses en el paso de Somosierra y la revuelta popular subsiguiente. Permaneció en la capital casi tres años, viendo los sucesos de la guerra de la Independencia. En intentos de abandonar Madrid fue alcanzado en dos ocasiones por los franceses, que le roban y le maltratan. Finalmente, consigue salir disfrazado de arriero, esquivando a los franceses hasta Ciudad Real y siguiendo luego a Sevilla. Durante aquella estancia gestionó asuntos relacionados con su isla natal. Por último, partió de Cádiz en octubre de 1809 y llegó al peruano puerto de Callao el 7 de marzo de 1810, siendo objeto de una calurosa acogida.

Ya en el Perú hubo de detenerse en Lima durante dos meses, a causa de las inundaciones que impedían su traslado a Arequipa. Mientras el deán había mandado a un pintor que lo retratara sin que la Encina se enterara, por lo que cuando por fin entra en el palacio episcopal de Arequipa encuentra su retrato colocado bajo el dosel de la sala. El viaje desde Lima, de donde había salido el 3 de mayo, hasta Arequipa es lento, por lo quebrantada que está su salud, y su entrada triunfal tuvo lugar el 10 de julio de 1810. Comenzó así su obispado en el que desarrolló una labor infatigable, pronunciando más de trescientos sermones, publicando dos cartas pastorales, ordenando 83 presbíteros y siendo ejemplo permanente de virtud.

Poco después de su llegada a tierras peruanas recibe a quien había sido su familiar en Las Palmas, el joven Antonio Pereira Pacheco, a quien tenía gran aprecio. Gracias al futuro prebendado son mejor conocidos los datos biográficos de don Luis de la Encina, que aquí transcribimos. "La fama de su ciencia -escribió Pereira-, por dondequiera que volaba, siempre volaba acompañada de su virtud". Durante el desempeño de la mitra arequipense, De la Encina se vió en la difícil papeleta que planteaba el movimiento independentista de la colonia; su inclinación a favor de la causa real y de la metrópoli española, produjo la respuesta, violenta e insultante, de los que luchaban por la independencia de su país.

En 1816 murió en Arequipa don Luis de la Encina. Pereira Pacheco le dedicó un sentidísimo llanto final.